

**INDIVIDUALISMO, PERSONALISMO Y
SOLIDARIDAD: UNA APROXIMACIÓN AL
“SER NACIONAL”**

*Comunicación del académico Alberto Ricardo Dalla Vía, en
sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y
Políticas, el 12 de junio de 2013*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de agosto de 2013.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2013 / 2014**

Presidente Académico Ing. MANUEL A. SOLANET
Vicepresidente . . Académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF
Secretario Académico Dr. LEONARDO MC LEAN
Tesorero Académico Dr. RODOLFO A. DÍAZ
Prosecretario . . . Académico Dr. JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Protesorero Académico Dr. ROSENDO FRAGA

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina nombramiento	Fecha de	Patrono
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez

Nómina nombramiento	Fecha de	Patrono
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes
Dra. María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI.	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín

ACADÉMICO EMÉRITO

Dr. Carlos María BIDEGAIN

INDIVIDUALISMO, PERSONALISMO Y SOLIDARIDAD: UNA APROXIMACIÓN AL “SER NACIONAL”

Por el académico DR. ALBERTO RICARDO DALLA VÍA

En los comienzos del siglo XX, muchos intelectuales pusieron su atención en caracterizar un “ser nacional” o prototipo humano argentino. En ello tuvo influencia el pensamiento nacionalista que por ese entonces recibiría la influencia del francés Charles **Maurras**.

De alguno u otro modo, la exaltación de un prototipo de argentino alcanzaría su concreción en las supuestas virtudes vernáculas de gauchos y criollos que construirían la idea de “tradicción nacional” frente a la importación de otros conceptos como la “raza” hispánica o la mirada puesta hacia los europeo.

En esa exaltación vernácula, aparecían los extranjeros, especialmente los inmigrantes, a quienes se denominaba “gringos”, como portadores de nuestras mayores desgracias y retrocesos morales y a quienes, por lo tanto, correspondía relegar.

En la literatura, ninguna obra resultó ser más significativa que el “*Martín Fierro*” de José **Hernández** en donde se destaca el espíritu de libertad del gaucho sin fronteras, habitante de nuestras extensa pampas, quien por obra y gracia de las nuevas leyes se convierte subrepticamente en “vago” y “perseguido” y es obligado a abandonar su rancho y a los suyos para marchar a la línea de fronteras a combatir a los indios con quienes comparte modalidades de la vida salvaje.

El tema no dejó ni deja aún de encender hondas polémicas. Uno de nuestros más brillantes hombre de letras, Jorge Luis **Borges**, señalaría que el libro cumbre de la literatura argentina debería ser el “*Facundo*”, escrito por Domingo Faustino **Sarmiento**—subtitulado “*Civilización y Barbarie*”—en lugar del “*Martín Fierro*”, al que más allá de su belleza poética consideraba un catálogo de vicios y de las peores actitudes incivilizadas de nuestra idiosincrasia, como se refleja en los “consejos del Viejo Vizcacha” que recomienda “hacerse amigo del juez”, entre otras ideas “prácticas”, en lugar de cumplir las leyes.

Es justo reconocer que **Sarmiento**, preocupado por formar una nación moderna con habitantes que fuesen a su vez ciudadanos de una democracia representativa, prefirió recurrir a la recomendación de atraer como inmigrantes a agricultores y obreros europeos y maestras norteamericanas.

En ese contrapunto de “civilización o barbarie”, en no pocas oportunidades manifestó su desprecio al gaucho matrero, frecuentemente integrante de las “montoneras” que comandaban los caudillos provinciales del interior. En esa línea sus detractores revisionistas suelen traer a colación una carta recomendando no ahorrar sangre de gauchos en la guerra de exterminio librada principalmente contra las montoneras del General Ángel Vicente Peñaloza y del Coronel Felipe Varela.

Fue precisamente durante la presidencia de **Sarmiento** que tendría lugar el ataque de la “última montonera” en tierras del lito-

ral, al mando de Ricardo López Jordán, y que el ejército nacional los barrierá con la notable ventaja de los fusiles recientemente adquiridos y de la metralla que enfrentaban los avances de hombres armados con lanzas y boleadoras.

En la línea de exaltación gauchesca, cabe mencionar y otorgar un papel relevante en nuestra literatura al poema “*Santos Vega*”, de Rafael **Obligado**, en el que el gaucho, en este caso un renombrado payador, hábil con su guitarra y de gran reputación en las pampas, se ve ante el inexorable trance del destino de tener que enfrentarse en una “payada” con “Juan Sin Ropa”, quien no es sino la personificación endemoniada de “el progreso”.

Y en esa célebre payada se produce el triunfo del progreso sobre la tradición, resonando para siempre en la pampa el cantar popular “*Santos Vega el payador, aquél de la larga fama, murió cantando su amor como el pájaro en la rama*”.

Y la lista podría ampliarse largamente, sin dejar de incluir en la misma a los dos “*Fausto*” (el de Estanislao **Del Campo** y el de Hilario **Ascasubi**) y, años más tarde, al “*Don Segundo Sombra*” de Ricardo **Güiraldes**.

Leopoldo **Lugones** combinaría genio literario con reivindicaciones nacionalistas que lo acercarían a límites muy peligrosos como anunciar desde un teatro de Lima, al cumplirse el centenario de la batalla de Ayacucho, que había llegado “La hora de la espada” en América Latina, abriendo un cauce ideológico a las ideas nacionalistas que a la larga terminarían justificando, al amparo de las mismas, las intervenciones armadas en el continente.

Particularmente importantes han sido las influencias que tendrían las obras de dos grandes escritores argentinos.

En “*Radiografía de la Pampa*”, Ezequiel **Martínez Estrada** realiza una profunda búsqueda y exploración en las profundidades de nuestros defectos y virtudes para apelar a las fuerzas

telúricas, que se enfrentan con fuerzas mecánicas, pujando una difícil pulseada por el despertar de la conciencia nacional.

Con un estilo tal vez menos duro y riguroso pero de mejor construcción literaria, Eduardo **Mallea**, en su *“Historia de una Pasión Argentina”* así como también en *“La Vida Blanca”*, encuentra las fortalezas del carácter nacional y de una conducta moral íntegra en las tradiciones.

La línea de reivindicación del pasado, aun con sus diferentes matices, ha permanecido en los debates culturales y también en la consideración social, erigiendo al gaucho en prototipo de valores ancestrales —el coraje, la lealtad a una causa, el cumplimiento de la palabra empeñada, el amor a la tierra, el patriotismo— frente a la mixtura provocada por el advenimiento de la inmigración y del progreso.

La consideración de la Argentina como un “crisol de razas”, respondiendo al objetivo preambular de invitar “a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, mostraba una nueva sociedad, como lo ilustrara muy bien Florencio **Sánchez** en “M’hijo el dotor”.

Esa realidad también tenía el contraluz del hombre medio que se sentía postergado y ajeno a la escena, principalmente en el hombre del interior que también inmigraba desde los pueblos hacia Buenos Aires, atraído por el proceso de industrialización y los derechos sociales. Esos contrapuntos fueron magistralmente tratados por los escritores de tránsito entre el predominio radical y el nacimiento del peronismo como *“El medio pelo”* de Arturo **Jauretche** y *“El Hombre que está solo y espera”* de Raúl **Scalabrini Ortiz**.

El complejo caleidoscopio de personajes y de líneas culturales de influencias recíprocas, sería también caracterizado por la literatura de izquierda en los escritos de Jorge Abelardo **Ramos** y de José Luis **Hernández Arregui**, en la búsqueda de la forma-

ción de una conciencia nacional que superara el modelo económico agroexportador condicionante de una “oligarquía rural” cuyas contradicciones no permitieron el desarrollo pleno de un proletariado industrial ni completar siquiera el ciclo económico de la industrialización.

En todo caso, la búsqueda del “ser nacional” sigue siendo en buena medida un tema abierto y no es baladí reconocer que el poco tiempo transcurrido desde nuestra emancipación hace que tengamos una identidad como país que no es equiparable al desarrollo histórico de los estados nacionales europeos, cuyos límites geográficos, en cada caso, encierran y comprenden nacionalidades consolidadas étnica, geográfica, cultural, histórica y políticamente.

Uno de los reflejos más palpables de tal observación es el criterio jurídico utilizado, en uno y otro caso, para la obtención de la ciudadanía. Así, la mayor parte de los países europeos suelen fundarla en el derecho de la sangre o del parentesco (*ius sanguinis*), en tanto que los países de inmigración, como la Argentina, fundamentamos el derecho a adquirir la ciudadanía en el nacimiento en el territorio nacional (*ius soli*), conforme lo establece expresamente el artículo 75 inciso 12 de la Constitución Nacional al obligar al Congreso seguir este principio en las leyes que sancione sobre este tema.

En el destacado libro sobre los federalismos en América Latina, Marcelo **Carmagnani** explica al principio de la obra que el término “argentino” se aplicaba durante mucho tiempo de manera exclusiva a los habitantes de Buenos Aires, del Litoral y del entorno pampeano del Río de la Plata, siendo perceptible la relación entre argentinos (originarios de la tierra del plata) y Argentina (de *argentum*) como tierra del plata¹.

En esta consideración, no debe olvidarse la anterior denominación de nuestro país, que antes de ser “Confederación Ar-

¹ Carmagnani, Marcelo (coordinador) “*Federalismos Latinoamericanos. Argentina. Brasil y México*”. Fondo de Cultura Económica. México.

gentina” fue “Provincias Unidas del Río de la Plata”. Sería el proyecto político de la generación del ochenta el que desplegaría el desarrollo económico, político y social sobre la llanura pampeana, diseñando sobre la misma un sistema completo de silos para el almacenamiento de granos y de líneas de ferrocarriles y de rutas convergentes sobre Buenos Aires y los otros puertos principales como Quequén, Rosario y Bahía Blanca. En ese marco nacieron las principales poblaciones.

El país pensado por la generación de 1837 y puesto en marcha por la generación de 1880 tuvo un escenario nuevo que fue la Pampa Húmeda. No se construyó sobre “lo tradicional y lo serrano” representado por las provincias históricas, anteriores en el tiempo y en la historia, que se ubicaban a lo largo del camino real hacia el Alto Perú y hacia Lima, antigua Capital del Virreinato. Fuertes vestigios de nuestro pasado y tradición colonial se encuentran en Córdoba, Tucumán; Salta y Santiago del Estero, pero no fue sobre esas provincias en donde se construyó la nueva nación que se ubicaba a la cabeza del mundo iniciado el siglo XX como resultado de un modelo agro-exportador exitoso.

Claro está que los argentinos no son únicamente los porteños, aunque de allí provenga la denominación. Sostener eso sería tocar un punto neurálgico, habida cuenta de las disputas históricas entre porteños y provincianos que aún subsisten y que Félix **Luna** también sintetizara en uno de sus libros titulado “*Buenos Aires y el País*”.

Las luchas entre “unitarios y federales” no fueron en realidad una disputa técnica sobre una forma de estado o de gobierno sino el enfrentamiento entre un modelo ilustrado centralizado que miró a la revolución francesa y un interior que defendía sus economías regionales y sus tradiciones, además de la religión católica.

Son argentinos todos los habitantes de nuestra tierra en la extensión que universalmente hoy se reconoce al término, aun

cuando se destaquen distintas regiones, características, tipos humanos y formas de ser.

Hay una región del “tango”, otra del “chamamé”, otra de la “zamba” y también una región del “carnavalito”, entre otras, cada una con sus características folklóricas, sus hábitos y sus costumbres pero integrando una misma nacionalidad, ya que, como reza el artículo 8 de la Constitución Nacional, la condición de ciudadano de una provincia es equivalente a la condición de ciudadano en las demás.

Lo notable, en todo caso, es que existan ciertas características, que más allá de que pueda gustarnos aceptarlas como propias o no, se han evidenciado a lo largo de los años, entre las que se destaca como patrimonio común de los argentinos, una particular y marcada inclinación hacia el egoísmo y a la autovaloración.

Un primera respuesta fácil y frecuente frente a esa objeción es la de defendernos señalando que, como somos un “crisol de razas”, por lo tanto estamos lejos de representar un prototipo humano definido, en tanto que, y en cambio, reunimos las particularidades de la mezcla de distintas razas y nacionalidades.

Sin embargo, es un rasgo de sinceridad y de honestidad reconocer que esa respuesta encerraría un gran margen de vaguedad al tiempo que resulta ser insuficiente para dar una explicación acabada o una respuesta cuanto menos satisfactoria a nuestras tendencias egoístas.

Así, a la cerradez, desconfianza e introspección del gaucho, podríamos agregar y confrontar la actitud escondedora y negadora de los marginales y lumpenes del puerto de Buenos Aires, cuya expresión pseudo-cultural más acabada y definidora se encuentra en el “lunfardo”, un lenguaje creado para despistar y engañar a la policía; también expresión de un tipo humano compuesto de hombres solitarios y desamorados, plagados de desconfianzas y obligados a enfrentar con coraje la adversidad.

Cuando en 1910, al cumplirse el primer centenario de la Revolución de Mayo, Juan Agustín **García** relataba en "*La Ciudad Indiana*" como una de las características más negativas de nuestra sociedad "el desprecio a la ley y el culto al coraje", puso sobre el tapete, con toda crudeza y realismo pero con una gran visión de analista de nuestra realidad, la incapacidad para someterse al juego colectivo a través de las leyes para emprender el proyecto sugestivo de vida en común.

Es curioso que un gran argentino en muchas facetas, (jurista, literato, político y escritor), al mismo tiempo el último gran representante de la generación de 1880, Joaquín V. **González**, en un conjunto de artículos publicados en "*La Nación*" para revisar el primer centenario y que se denominara "*El Juicio del Siglo*", pusiera de relevancia trágica la llamada "ley del odio", más propensa a enfrentar y a destruir que a construir un proyecto colectivo.

Parecería que una cierta fuerza ermitaña y desconocida, que parte en buena medida de una desconfianza que en lugar de procurar acercarse para comprender las razones del otro, prefiere manifestar rechazo como acto reflejo y hasta en muchos casos, acompañando el gesto enemistoso fundado y preventivo con una extraña y llamativa carga de resentimiento, que lleva a no ceder ninguna posición individual en aras del bien común –siendo que ese es, precisamente, el meollo del problema o el "quid" de la cuestión– no puede alcanzarse ningún proyecto colectivo o solidario sin desmedro de sacrificios y cesiones en el ámbito de las posiciones personales.

La soledad y la nostalgia que portaba el inmigrante tampoco ayudaron a mejorar la situación, más allá de que las palabras del preámbulo invitaban abiertamente a "todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino".

El estado de ánimo de los recién llegados, generalmente hombres que dejaron atrás a sus familias y sus terruños para ade-

lantarse en conseguir un trabajo y un lugar que les permitiera trasladarlos después. La nostalgia o “morriña” del suelo dejado atrás, darían paso a la esperanzada tierra de promisión, con muchas dudas sobre saberse queridos o rechazados.

En los hechos, y en la mayor parte de los casos, los inmigrantes tendieron a agruparse y reunirse en colonias, clubes, asociaciones y sociedades de fomento, compartiendo gran parte de su tiempo y actividades con miembros de sus comunidades de origen.

Se daba así la particularidad de que un pueblo generoso que abrió canales de ascenso social a través de la implementación de amplias políticas de educación gratuita y de instrucción pública en todos los niveles, así como una amplia apertura a los mercados de trabajo urbanos y rurales, mantenía, sin embargo, prejuicios sociológicos que arrancaban desde una idiosincrasia muy cerrada y muy anterior que probablemente provenía del pasado colonial y la herencia hispánica.

Hubo así un cierto rechazo por parte de los criollos hacia los “gringos” que en algunos casos se manifestaba de manera despectiva o de desprecio, como de los inmigrantes de origen europeo a relacionarse con los “cabecitas negras”; de manera que los matrimonios entre los miembros de las respectivas comunidades de origen serían la regla en un principio, aunque más tarde la situación iría paulatinamente modificándose, derivando hacia una mayor integración y apertura, especialmente en ciertas comunidades como los italianos y los españoles.

Así, se daba la paradoja que, mientras el escenario exhibía a una sociedad abierta con altos niveles de inclusión y de movilidad social y con índices muy altos de crecimiento poblacional entre censo y censo, como consecuencia de las masivas oleadas inmigratorias que se incorporaban a la masa de habitantes, en el interior de la misma permanecían y se acrecentaban los prejuicios y los celos de una sociedad que no terminaba de articularse.

En “*La Bolsa*”, un libro que reúne una numerosa cantidad de episodios escritos por el periodista Julián **Martel** (seudónimo de José Miró) en el diario “*La Nación*”, se ponían en evidencia los problemas de una sociedad que, por un lado exhibía un notable progreso económico, pero que por otra parte presentaba importantes vacíos morales e injusticias en su acuerdo de convivencia.

Y si acaso faltase agregar algún condimento adicional a este cóctel ya de por sí complejo, cabría destacar el dato frecuentemente citado en el ámbito de la historia política e institucional cual es el “espíritu faccioso” que llevara al académico Félix **Luna** a colocar como título de uno de sus libros más destacados, los “*Conflictos y Armonías en la Historia Argentina*”, que ejemplifica claramente nuestro derrotero como un permanente enfrentamiento entre tendencias en pugna, que sólo en algunas oportunidades excepcionales y minoritarias alcanzan principios de acuerdo pero que luego suelen desvanecerse.

Mi maestro, Alberto Antonio **Spota**, quien justamente solía caracterizar a la historia argentina como el resultado de enfrentamientos y transacciones entre tendencias opuestas y en pugna entre sí, acostumbraba en sus memorables clases a apelar al auxilio de la geometría, a las líneas paralelas, que conforme a la teoría, se encuentran en algún punto imaginario del universo, y así también nos lo hace ver un fenómeno de ilusión óptica, aunque ello raramente ocurra o suceda en un punto muy lejano e imprevisible.

A lo largo de nuestra historia como nación, siempre han existido grupos radicalmente enfrentados y que no pocas veces han resuelto sus diferencias de manera violenta, generalmente por medio de las armas y con dolorosos episodios de derramamiento de sangre. En su libro “*Matar y Morir*”, el académico Vicente **Massot** pasa revista a la recurrencia al crimen político como argumento de todos los sectores.

Ya desde las invasiones inglesas, ya antes del inicio del proceso emancipador, se produjeron enfrentamientos entre “linieris-

tas y alzaguistas”; después serían “morenistas y saavedristas” una vez iniciada la Revolución de Mayo; las luchas entre “unitarios y federales” aluden a un largo período de divisiones y odio en la primera mitad del siglo XIX. Después serían “chupandinos y pandilleros” para distinguir a autonomistas y liberales porteños. Más tarde “radicales y conservadores”; “peronistas y antiperonistas”, etcétera, etcétera.

La impronta de esos enfrentamientos destaca la preposición “anti” como argumento. Ha creado un comportamiento y una actitud conforme a la cual para los argentinos, la pertenencia a una “parte” vale más que el “todo”, llevando ese sectarismo a posiciones muy extremas en la confrontación, en donde el triunfo debe alcanzarse a cualquier precio y utilizando cualquier procedimiento, como lo reflejan las disputas internas que son frecuentes en el interior de muchos partidos políticos y organizaciones gremiales.

Un ejemplo paradigmático de lo que venimos diciendo se encuentra en el fútbol, un deporte que concita gran adhesión popular en nuestro país. Para los aficionados a un club suele ser a veces más importante su equipo que el seleccionado nacional y, si se trata de seguidores fanáticos o de “hinchas”, que no son pocos en nuestro país, muchas veces también se antepone la preferencia por la derrota del rival clásico que por sobre el propio triunfo del equipo de sus amores.

Este ejemplo, sencillo y habitual, pero no por ello menos triste, demuestra que entre nosotros la pertenencia a una “parte” es más importante que la pertenencia al “todo”. Y tal vez por ello en alguna medida explica que nuestra capacidad individual se pierde ante el fracaso de organizarnos colectivamente.

Los datos que hemos relatado contribuyen a explicar el **egoísmo** como nota relevante y característica del argentino promedio –especialmente del porteño pero no excluyente de los demás– que suele ser caracterizado por quienes nos observan desde

otras latitudes como una persona que se siente ubicada en el centro del mundo y que, además, se las sabe todas, y que, por supuesto, se siente siempre “más vivo” que los demás.

No hay dudas de que la llamada *viveza criolla* contribuye en este punto, como así también el talento individual de muchos argentinos que se han destacado en las más variadas disciplinas culturales, científicas y deportivas –casi siempre como consecuencia de grandes sacrificios y esfuerzos individuales– pero que el resto de los compatriotas considera que les corresponde naturalmente compartir como propios, arrogándose los méritos de los mismos, haciendo indisimulada gala de ello.

La “cargada” a los demás, como consecuencia del triunfo de algún tercero a cuya parcialidad se adscribe, no es más que una manifestación de esa característica que, en el fondo, esconde una gran vulgaridad y, tanto más se expresa cuanto menos personalidad exhiba el sujeto, conforme lo pusiera de relieve José **Ingenieros** en “*El Hombre Mediocre*”.

Esa absurda mirada de superioridad ha llegado al extremo de producir en algunos momentos, una llamativa y desmesurada exaltación chauvinista en situaciones determinadas, como son por ejemplo los campeonatos mundiales de fútbol y otros eventos similares.

En el caso particular del fútbol, me llama la atención que se invoque un historial de méritos fundado en la trayectoria y el prestigio argentino en las distintas competiciones en las que ha participado. De manera que personas que no sienten el mayor interés ni tienen ningún conocimiento sobre la rica historia de su país, reivindicar un derecho a ser considerados y respetados en razón de nuestro derrotero deportivo, afirmando con total firmeza en ese caso que “tenemos historia”.

También es notable cómo otorgamos denominaciones o apodos a los habitantes de otros países, especialmente a nuestros vecinos, en los que se entremezcla cariño fraterno con cierto aire

superior y hasta subestimación que roza los límites de la xenofobia, aunque probablemente esa no sea la intención.

Así, los uruguayos son “yoruguas”, los chilenos “chilotes”, los paraguayos “paraguas”, los bolivianos son “bolitas”, los peruanos son “perucas” y los brasileños son “brasucas”, para extenderse más allá en el mundo a “chinos”, “ponjas”, “gallegos”, “tanos”, “polacos” o “rusos”, aplicados con licencia de gran amplitud interpretativa y escaso rigor geográfico.

Estas notables –y lamentables– tendencias ególatras, basadas en un exceso de autoestima y en una falsa creencia de superioridad, conforme con la cual “Dios es argentino”, descansa en realidad en una disminuida valoración cultural y en una muy mala apreciación de nuestra ubicación universal. Hay, en el fondo un escaso conocimiento del mundo circundante que es tomado con un dejo de desdén e ironía tal vez basado en parte en nuestra lejana ubicación geográfica.

El comportamiento que exhiben muchos compatriotas cuando se trasladan al exterior de nuestro país es una muestra acabada de lo que venimos diciendo: se habla a los gritos y con poco respeto del entorno, realizando comentarios irónicos al amparo de la barrera idiomática y en muchos casos se han registrado verdaderas tropelías en base al abuso de confianza de quienes se desenvuelven sin reglas ante personas acostumbradas a respetarlas.

Otro factor muy importante a relacionar es el **personalismo** heredado del pasado colonial y caudillista y que lleva a verdaderos niveles de exageración.

Una particularidad es que en este caso, el culto a la personalidad sobrepasa los niveles bajos y medios de la población para evidenciarse particularmente en los sectores más altos de la escala social, en donde produce verdaderas “hogueras de vanidades”, generalmente en el caso de personas que si bien pueden tener algún mérito, suelen exhibir, más bien, una elevada y desmesura-

da opinión sobre ellos mismos que en poco o nada contribuyen a nuestra realización colectiva ya que, generalmente, el punto de vista y atención se encuentra puesto, exclusivamente, en su provecho y éxito individual y –sobre todo– en el reconocimiento que alcancen y que, por supuesto, considerarán siempre como un acto de elemental y estricta justicia, fundado en un pretendido orden natural de las cosas.

No es difícil advertir en esto los altos niveles de “cholulismo” y de frivolidad que no son otra cosa que manifestaciones de incultura en una sociedad que pierde valores comunes de referencia, y en donde el éxito económico y la notoriedad pasan a ser el *leitmotiv* del trabajo de muchos.

Tengo para mí que tales desmesuradas egolatrías constituyen uno de los mayores obstáculos a nuestra realización colectiva.

Es lamentable la generalización de tales nefastos personajes, por lo general quejosos, malhumorados y reaccionarios; que suelen dar muchos discursos pero aportan muy pocas ideas. Contrastan notablemente con la humildad de los verdaderamente grandes, de los hacedores silenciosos: Florentino Ameghino, Leandro Alem, Alfredo L. Palacios y René Favalaro, entre muchos otros argentinos abnegados que no soportaron la inmoralidad circundante.

Porque afortunadamente, en medio de la frivolidad y de la egolatría sobresale la sólida tarea de los humildes de corazón y de espíritu; la **solidaridad** no es un rasgo menor en la Argentina.

Como contraste a tanta banalidad se destaca el gran sentimiento solidario de una parte importante de la población con afán participativo y comprometido. Un escritor extranjero, admirador de nuestro país, me dijo hace poco que en Argentina la sociedad es mejor que la política; yo creo que tiene razón.

En nuestra sociedad aparecen con mucha frecuencia notas muy destacadas que nos colocan a la vanguardia de la consideración de los otros; en la política, en cambio, esa sociedad no se

siente representada por personas que en muchos casos –hay excepciones, siempre las hay– privilegian sus carreras individuales en las que ponen toda su energía y atención.

El resultado es, nuevamente, la incapacidad de presentar y aunar un proyecto común, inclusivo y representativo que nos aleje de las varias quejas del “que se vayan todos” para reemplazarla por el proyecto sugestivo de vida en común.

Las fuerzas están en el seno de nuestra sociedad y es menester canalizarlas hacia los grandes propósitos, los grandes objetivos: recuerdo una visita que realicé a Berlín, al centro de Estudios Latinoamericanos durante la crisis del 2001/2002. Los alemanes se asombraban de que la cantidad de euros que ellos destinaban a cultura no podía igualar la oferta teatral de Buenos Aires, que se constituía por obras sobre la crisis y donde sobresalían emprendimientos espontáneos de mucho talento y escaso presupuesto.

Así como se destaca una sociedad solidaria y participativa que sabe organizarse espontáneamente en prosecución de sus derechos básicos como, por ejemplo, el reclamo de mayor seguridad y de mejor educación, también entiendo que la Argentina sobresale por su fuerte **sentido crítico**.

Nuestro espíritu crítico es tan fuerte que a veces podría considerarse desmesurado y descarnado, superando al de los estadounidenses que es notable, habiendo producido importantes películas y libros para denunciar problemas sociales y políticos internos que, al despertar conciencia y poner el foco de atención sobre los mismos, culminan ofreciendo y aportando soluciones.

Los argentinos también lo hacemos con la literatura, la prensa, el cine y el teatro, siendo que las expresiones culturales muchas veces son proyectos pequeños, autofinanciados, que responden a un notable talento y a una gran creatividad que desde el exterior se reconoce con admiración.

Cuando digo que somos descarnados y despiadados en la crítica, es porque también sorprendemos y a veces, hasta asustamos con el nivel de agresión interna de nuestra crítica política y social. En el cine y en teatro nos animamos a presentar con crudeza y realismo temas muy complejos y difíciles y nos colocamos a la vanguardia de esos temas.

En la crítica política, arremetemos con lenguaje crudo y llano –a veces al límite de lo ofensivo– sobre los funcionarios que ocupan las más altas investiduras. Esto sorprende mucho a los analistas de otros países, en donde se es mucho más cuidadoso y respetuoso de las personas que ocupan altos cargos.

Uno de los aspectos con que mayor rigor se manifiesta lo que venimos diciendo es en el humor político. Ya desde comienzos del siglo XX, las revistas “*El Mosquito*” y “*Caras y Caretas*” inaugurarían la caricatura como lenguaje gráfico para exaltar defectos y ocultar virtudes. Cuando en tiempos más recientes se ven las ilustraciones sobre personajes políticos, inclusive en las tapas de algunas revistas, llama la atención la desmedida agresión en los dibujos, tendiente muchas veces a ridiculizar a muy importantes figuras políticas.

La misma observación se traslada a la radio y a la televisión, a veces exagerando en los niveles de frivolidad ya apuntados; como cuando hace pocos años, un conductor de un programa de entretenimientos se permitió burlarse ante las cámaras del entonces Presidente de la Nación en ejercicio, que había concurrido a su programa. Fue otro mal entendido alarde de “viveza criolla” en que el animador se sintió más “vivo” y más importante que el Presidente, sin darse cuenta –o sin importarle– que su “humorada” nos causó a todos un gran daño colectivo.

Creo que todos estos ejemplos, que venimos citando desde un comportamiento crítico y participativo que a la vez se manifiesta en protestas callejeras espontáneas pero desarticuladas, deberían llevarnos a reflexionar para poner en marcha un intento de cambio

de carga negativa hacia una carga, valor o valencia positiva en tan maravillosa y valiosa manifestación de libertad de expresión.

Sucede que mientras toda esa fuerza expresiva crítica pugna por manifestarse del mismo modo que el magma y la lava de un volcán espera la erupción para salir, es menester que la libertad de expresión pueda manifestarse por los canales habituales y tradicionales que nos permiten construir el debate en una democracia deliberativa.

Un pueblo tan participativo no merece que los candidatos a la presidencia de la Nación no se avengan a sostener un debate público frente a las cámaras de televisión con el mezquino argumento de que el que va adelante en las encuestas le da ventaja al segundo porque tiene menos que perder.

Tales razones “estratégicas” son egoísmo puro y no ayudan a construir el debate en una sociedad democrática. Los argentinos que queremos y creemos en la democracia vemos por televisión y con alguna envidia los debates presidenciales de Estados Unidos, España o Chile y los admiramos y consideramos una demostración de civilidad, de consenso y de respeto ciudadano.

De igual modo deben legislarse de un modo más equitativo y competitivo los espacios de campañas políticas, no permitiendo que el gobierno saque ventajas a la oposición y que esta última tenga oportunidades de expresarse libremente en los foros públicos.

Hace algunos años, un candidato que triunfó en la primera vuelta en las elecciones presidenciales, no se presentó a la segunda vuelta cuando advirtió en las encuestas que el voto negativo lo vencería. Presentó su huida de la contienda para la que se había postulado como un “renunciamento histórico”, subestimando a un electorado convocado a las urnas que tenía el derecho a que el presidente electo alcanzara el consenso requerido por la Constitución, consistente en el 45 % de los votos o el 40 % con 10 puntos de diferencia con respecto al segundo.

Los ciudadanos, cualquiera sea el lugar que ocupemos en la estructura institucional o en las diferentes ocupaciones que tengamos en nuestra vida personal o profesional, formamos parte de una comunidad en la que se nos presenta la disyuntiva de hierro de seguir justificando y disimulando las consecuencias negativas de muchas conductas egoístas en todos los ámbitos, o bien y de una vez por todas tenemos la opción de elegir subordinar nuestras posiciones individuales al proyecto común de nación.

No perderemos la libertad por ello; por el contrario, podría suceder que nos encontremos con la sorpresa que para que ella sea una realidad tengamos que seguir el norte marcado por la Constitución Nacional, el arca guardadora de nuestras más sagradas libertades.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Monseñor Dr. Héctor Aguer

Le agradezco al académico Dalla Vía su presentación, que ha abierto la perspectiva de diversas disciplinas para enfocar el tema del ser nacional. Siempre he pensado que la preocupación que existe en la Argentina, expresada literariamente, acerca del ser nacional no se da en ningún otro país del mundo, que yo conozca; lo cual puede ser quizá un síntoma de adolescencia. Usted ha hecho referencia a nuestra historia, aún breve, pero probablemente tenga también que ver con algunas características de la índole nacional, si es que ésta se puede definir.

No obstante, resumiría tres puntos que me parecen fundamentales y a los cuales usted ha aludido. Desde la perspectiva de la filosofía política habría que subrayar una tendencia, una inclinación, a la primacía del bien particular sobre el bien común. Lo que he visto, por ejemplo, en el mundo político, es que el concepto de bien común les resulta extraño, y cuando se les expone, por ejemplo desde la Doctrina Social de la Iglesia, reaccionan con asombro, como quien no tiene idea de lo que es el bien común. En este caso, por primacía del bien particular entiendo sobre todo los

intereses sectoriales, que se imponen al interés total de la nación. Luego, desde el punto de vista ético, considero que hay también aquí una historia atávica de discordia, que usted ha señalado bien; este fenómeno se ha verificado desde los comienzos y se acelera por etapas. En este momento es evidente que se lo incentiva abiertamente, e incluso se lo teoriza; se dice que los conflictos son necesarios (si existen se los agudiza y si no existen se los crea) y que es preciso determinar quién es el enemigo para destruirlo. ¡Todo lo contrario! Los conflictos tienen que ser resueltos precisamente con la apertura a un diálogo y la búsqueda de consenso sobre cuestiones fundamentales. Es decir, la cuestión de la discordia es un problema ético en el fondo, con muchas raíces y con amplias manifestaciones en la cultura actual.

En tercer lugar, me parece que aquí hay una problemática implícita de educación, o de reeducación en algunas áreas de la personalidad colectiva, por decirlo así. Usted ha señalado muy bien que la sociedad puede ser considerada mejor que la política. En cierto sentido se ha comprobado ese dato con ocasión de la inundación reciente en La Plata; se mostró claramente un divorcio entre la sociedad civil y el mundo político, la ausencia y el desconcierto del mundo político y la torpeza y mezquindad de las intervenciones, en comparación con la amplitud solidaria que la sociedad manifestaba. También en este campo veo, en los últimos años, un deterioro muy profundo de lo que podríamos llamar la cultura popular. Pienso en la pérdida de valores fundamentales de humanidad, que se transmitían normalmente en el seno de la familia y que la escuela, cuando el sistema educativo funcionaba correctamente, ayudaba a afianzar.

Estos tres puntos me parece que son fundamentales: el planteo de filosofía política, una cuestión ética y luego el problema de la educación. A partir de esos ámbitos, y evitando los enunciados retóricos y altisonantes, se podría intentar un esbozo de descripción del ser nacional. Se podría hablar incluso de un proyecto na-

cional, con tal que el proyecto nacional no sea un modelo extravagante que propone o pretende imponer el poder político de turno. El proyecto nacional supone que existe una historia serenamente asumida, una tradición de las costumbres, una intencionalidad de privilegiar el bien común, y demás. Nos falta mucho a los argentinos en estos campos.

Académico Santiago Kovadloff

Sumo mi felicitación a la de quienes integramos este cuerpo y hemos tenido el gusto de escuchar al académico Dalla Vía. Su exposición, como diría Ortega, ha tenido la cortesía de la claridad y es muy importante que así sea siempre. Quiero volver sobre un punto que Monseñor Aguer planteó, y tal vez tomarlo desde una perspectiva complementaria a la suya. También a mí me llamó la atención la referencia al hecho de que nuestra sociedad podría ser mejor que nuestra política. Lo que quiero señalar es que esa presunción plantea un problema filosófico fundamental. ¿De qué extracción es nuestra política como para ser peor que nuestra sociedad? Creo que esta pregunta merece ser sostenida. Si, por un lado, nuestra sociedad está integrada por individuos con valores sobresalientes que no alcanzan a encauzar sus aptitudes hacia lo político y, por otro, la política no refleja los valores de sus integrantes, tal vez no estemos hablando de la sociedad sino de una falsa disyuntiva entre política y ciudadanía. Eso nos empuja hacia un maniqueísmo irremediable. Según él, de un lado estaría el bien y del otro, el mal. Me gustaría mucho que el académico Dalla Vía comentara algo acerca de la fragilidad de la vida constitucional, tanto en nuestra vida social como en el ejercicio de lo que estrictamente llamamos lo político; que se refiriera a la dificultad para convertir nuestra historia en una fuente de aprendizaje y hacer del fracaso algo rentable para la construcción de un nuevo porvenir.

Académico Alberto Ricardo Dalla Vía

Gracias a las intervenciones de los académicos Monseñor Aguer y Dr. Kovadloff. Sabía que mi intervención iba a tener un margen de amplitud, porque más que un estudio lo que traje son reflexiones personales que quería compartir con ustedes para generar algún tipo de intercambio. Por lo tanto no tengo respuesta cerrada; coincido con Monseñor, son temas muy abiertos. Usted sintetizó muy bien, muy esquemáticamente estos problemas y me quedo con el último de los problemas que es el de la reeducación, que también apunta a la cuestión de la relación entre Estado y sociedad, a la educación popular. No tengo respuestas complejas y completas para una realidad tan compleja como la nuestra. Tengo una, y creo que el deterioro del magisterio se refleja en lo siguiente: antes ser maestro, aunque no fuera una carrera universitaria, era una carrera prestigiosa. En cualquier familia de bien había un maestro, y siempre había maestras o maestros, entonces en una mesa familiar en donde probablemente hubiera un sacerdote, un universitario, seguramente las mujeres seguían el magisterio, y los maestros portaban una cultura que no provenía solamente de la escuela normal, provenía de una cultura transmitida en la sociedad, compartida en la mesa familiar. Yo fui a escuelas públicas, viví muchos años en el interior y tuve maestros que siempre recuerdo como personas educadas, personas de bien y que me transmitieron muchas cosas. La falta de inversión en la educación y en la formación de los maestros lleva a que hoy la realidad es otra. Hoy muchos maestros, en términos generales no tienen una cultura aprendida en sus hogares, no tienen un conocimiento cultural previo, no saben ni transmiten y esto creo que es parte de algo que es un punto, pero creo que es un factor multiplicador importante; en eso me parece que hay que poner un esfuerzo muy grande en revalorizar el rol del maestro y del educador. Eso requiere salarios dignos, una política digna, y obviamente los problemas son muchos.

En cuanto a la pregunta del Académico Kovadloff, ¿cómo se relaciona la sociedad con la política? Bueno, por aquello de que una sociedad tiene los políticos que se merece o, como le dijo alguna vez un ministro a De Gaulle, tienen más bien los políticos que se le parecen. Ante la afirmación de De Gaulle de que una sociedad tiene los políticos que se merece, Malraux lo corrigió y le dijo que en general tiene los políticos que se le parecen. Pero creo que tenemos otro problema peor, salvando muchas excepciones: no todos los políticos son como el Dr. Vanossi, que integra una Academia Nacional y que continúa con sus actividades; la mayoría de los políticos en la Argentina no vuelven a sus actividades. El Dr. Díaz también aquí presente ejerce de forma exitosa su profesión en el ámbito privado. Me desilusioné como profesor de Derecho Constitucional el día que vi que algunos ex senadores nacionales se quedaban en el senado como asesores. Dr. Aguirre Lanari habrá conocido a muchos de estos casos en su trayectoria política, usted es otro ejemplo. Ninguno de los que están acá representan la realidad, pero la realidad general en la Argentina es que la política se ha vuelto un botín para mucha gente, y esto uno lo ve en los problemas. Una de las cosas que nos irrita a los jueces es cuando nos dicen “los tenemos que democratizar”, y nosotros les decimos “pero miren las listas que arman en las internas de los partidos; si ponen a la hermana, al hermano, al pariente del amigo”. Es decir, este problema es un problema que tiene que ver con la crisis de representación, y tiene que ver con una relación normal de funcionamiento entre la sociedad y la política. Cuando nosotros miramos al Uruguay y decimos, cómo a un país chico le va tan bien. Bueno porque mantiene la educación pública en el colegio secundario a un nivel altamente aceptable y razonable, y porque el presidente de la Nación terminó su mandato y se fue a trabajar de médico a su consultorio, y el actual presidente también está pensando en volver a su chacra, (por lo menos lo que manifiesta políticamente). ¿Cuántos ejemplos nosotros tenemos? Aguirre Lanari, Vanossi, Díaz son excepciones en la Argentina. Es decir, el tema es ver cómo me quedo, a lo mejor fui senador o gobernador y

estoy viendo a ver si puedo ser diputado, consejal, y creo que esto hace que esa relación entre sociedad y política entre nosotros no sea real. La política ha pasado a ser una fuente de dedicación, mucho tiene que ver con otra cosa. Me acuerdo que volviendo a citar a mi maestro el Dr. Spota, él me contaba que cuando era joven su familia le rogaba que no ingresara a la política para no empobrecerse. No sé si esto responde a la pregunta, pero para mí ésta es parte del problema.

Académico Rodolfo Díaz

Buen tema, que suscita un diálogo –como decía el académico Aguer– abierto hacia distintos temas y distintas cuestiones. Porque durante mucho tiempo se ha cuestionado el tema de si existe tal cosa en la Argentina como un ser nacional. O incluso a nivel teórico se ha llegado a plantear si es teóricamente legítimo plantear semejante cosa. Sobre todo en un país como la Argentina que podrá tener algunas cosas muy negativas, pero acá se mencionó una de la que yo me siento, como seguramente se sienten todos, particularmente orgulloso: es que este país siguió abierto para todos los hombres y mujeres del mundo, aun en los momentos más difíciles de su historia, aun en los momentos más dramáticos de sus crisis económicas; apelamos a otras cosas pero esa característica nos define bastante como país, por aquello de que los argentinos descienden de los barcos. Es realmente cierto. Me siento muy orgulloso y creo que tiene que ver con las cosas positivas que señalaba el Dr. Dalla Vía. Lo digo porque la cuestión nacional como tal hoy día merece una reflexión desde otra perspectiva. Es un concepto propiamente europeo, que nace en un momento determinado como concepto teórico de la evolución del estado europeo en determinado momento; pero hay que ver si eso hoy día sigue siendo válido. Seguramente estamos todos siguiendo con bastante

interés el debate de la cuestión soberanista de Cataluña, y eso está planteando la cuestión del concepto mismo de nación como tal, y hace algunos años esa misma cuestión se planteó con la Liga del Piamonte en Italia. Se plantea en España hoy como se planteó antes en Italia, claramente, en términos explícitos. Se debatió teóricamente, se escribieron cosas que todos leímos. O sea que es un tema que tenemos que volverlo a tomar. Recién hablábamos cuáles pueden ser los temas del Premio Academia; hay que pensarlo, porque estos temas son muy importantes.

Creo que la Argentina puede ser vista también de otras maneras; y ha sido vista de otras maneras, vista como una experiencia abierta, como una experiencia de frontera, donde el proyecto nacional al que se refería el académico Aguero, a lo mejor no tiene tanto la mirada en la raíz de donde viene sino –siendo fiel a la palabra en sí– hacia ese horizonte abierto de posibilidades, hacia dónde va. Alguna vez leí una frase que definía la Argentina –y que a lo mejor alguno recuerda– que decía: “la Argentina es el extremo occidente”. Vista la Argentina como el punto extremo occidente donde se termina, como la última frontera geográfica de lo que fue la occidentalización de América. Eso somos nosotros; después viene el mar, y más allá el África.

Es una caracterización buena desde ese punto de vista. Creo que de allí viene esa dificultad de este espacio vacío que se llenó de distintas maneras. Aquí en Buenos Aires y en la pampa húmeda ese espacio vacío se llenó de una manera, pero yo vengo de otro lado –mi modo de hablar el español, a pesar de los años que llevo acá, transmite que yo vengo de otra parte–, vengo de una ciudad que cumplió un año más de Argentina que de Chilena en 1991. Mendoza fue fundada desde Chile y solo en 1991 cumplimos un año más de argentinos que de chilenos; de hecho Mendoza se incorpora al Estado Argentino después que Cataluña se incorporó a España.

Me parece entonces que sería bueno tomar estos temas que son propiamente “de academia” –porque la política argentina tiene

que ver con eso; y es cierto que la sociedad es mejor que la política o, dicho más duramente, que la política es peor que la sociedad argentina y no de ahora. Este “ahora” tiene características que nos molestan más porque son las que afrontamos hoy, pero si uno se toma el trabajo de mirar, recordar y ver, uno recuerda cosas buenas de antes, pero no es de ahora, sino de siempre. Si uno mira bien la sociedad argentina ha sido siempre, gracias a Dios, mejor que la política y eso es lo que nos viene salvando.

Para terminar, quisiera hacer un comentario acerca de lo que se ha dicho sobre los políticos. Son peores que la sociedad; pero si esto describe lo que ha pasado con los políticos argentinos, no es original, ha pasado en otras partes del mundo: a este fenómeno, el Análisis Económico del Derecho lo caracteriza como un proceso de “cartelización”. Los políticos están “cartelizados” en contra de su electorado, son un “cartel” autoprotectivo para defenderse de todas las reglas competitivas que le dan lógica a la democracia. De la misma manera en que un cartel económico se organiza para defenderse de la lógica competitiva que le da sentido al mercado, de la misma manera los políticos se “cartelizan” para preservarse de la lógica competitiva que le da sentido a la democracia. Eso nos está pasando: por ejemplo: en la provincia de Mendoza son numerosos los legisladores “mandato cumplido” que trabajan de asesores en la Legislatura. Esa es una expresión física de cómo están “cartelizados” para defenderse de la lógica de la competencia que le da sentido a la democracia.

Académico Eduardo Quintana

Felicito al académico Dalla Vía por su valentía, porque ha planteado un tema que es complejo y al que a veces le sacamos el cuerpo, pese a que todos lo tenemos rondando por la mente, ya

que puede traer resquemores, y/o opiniones encontradas o contradictorias. Y lo ha hecho descarnadamente y con un gran tacto, demostrativo de su buena raigambre judicial, ya que el juez dice lo necesario pero sin desmesuras. Quiero adherir a uno de los conceptos claves, que se refiere a la dicotomía entre lo que hoy día se llama la “sociedad civil” y “la sociedad política”, como dos ámbitos incomunicables. Pero esto no debe ser así, ya que la sociedad es una sola y la participación política corresponde a todos, si bien los políticos deben ejercer la autoridad, pero los primeros también tenemos responsabilidad política. Históricamente aquella dicotomía comenzó a plantearse con el surgimiento del Estado moderno representado por las monarquías absolutas. Luego, cuando fueron reemplazadas por las repúblicas democráticas o las monarquías constitucionales, lejos de desaparecer, el Estado moderno subsistió y se agigantó mediante la burocracia y el manejo centralizado del capital. Si bien este proceso tuvo su origen en Europa (como toda la cultura occidental), las naciones que integran ese continente, por su tradición varias veces centenaria y algunas hasta milenaria, han podido presentar una resistencia mayor desde la misma sociedad, sin perjuicio de que el siglo veinte ha sido testigo de totalitarismos terribles. En América, las jóvenes naciones han sido menos resistentes al avance del estatismo, un ejemplo claro es nuestro país y otros de la región, donde tanto las formas de gobierno democráticas como las autoritarias han sido estatistas. La tesis que sostengo, es que la raíz de estos problemas radica en gran parte, en la falsa dicotomía entre sociedad civil y política (que la filosofía política ya planteó en el siglo XVIII y que en el XIX fue popularizada por Hegel), que significó el vaciamiento político y la debilidad estructural de la sociedad real (mal llamada “civil) y el enquistamiento del poder en el Estado, mal denominado “sociedad política”. El camino de retorno debe recorrer el fortalecimiento de las instituciones propiamente sociales, que a la vez deben poseer un estricto control político, sin perjuicio de que la autoridad debe ser ejercida por los gobernantes, ya que dicha función es insosla-

yable y lo contrario a una utopía. Concluyo esta intervención afirmando que la situación actual (desde hace largo tiempo) significa una degeneración de la política rectamente entendida y que tarde o temprano puede degenerar en un totalitarismo como los antes mencionados.

Académico Héctor A. Mairal

Creo que el académico Dalla Vía, con su excelente exposición, ha encontrado mucho consenso en las reacciones de los restantes señores académicos. Este dato de que el 70% de los legisladores mendocinos de mandato cumplido son asesores públicos, creo es una prueba de lo que decía el académico Dalla Vía, que la sociedad es mejor que la política; porque lo que ocurre en la Argentina es que la sociedad rechaza a los políticos, o dicho de una manera más cruda, el mercado los rechaza. Tienen que ser asesores del Estado porque en el mercado fracasan. Los miembros de esta Academia que han sido políticos son la excepción, porque todos han triunfado en su vida privada, pero la mayoría de los políticos argentinos si dejan la política no son nadie, y el gran problema argentino hoy es que esa circunstancia crea justamente una vocación por el estatismo. Como solamente se sienten cómodos dentro del Estado, los políticos sobrevaloran al Estado y como se sienten incómodos y extraños en la sociedad y en el mercado, subestiman a la actividad privada. Los políticos tienen una vocación de expansión del Estado porque es el único medio en el cual ellos encuentran trabajo. Sienten que la sociedad los mira con recelo y ellos también la miran con recelo. La existencia de un “cartel” de los políticos en favor del estatismo se demuestra claramente con la casi unanimidad que obtuvieron las principales decisiones estatistas que votó el Congreso en estos últimos años: las nacionalizaciones de los fondos privados de pensión, de Aerolíneas Argentinas y de YPF.

En otros países latinoamericanos, y más aún en Europa y en los Estados Unidos, existe un flujo normal entre el éxito privado y el éxito político. Muchas personas que tienen éxito en la vida privada pasan a la política fácilmente. En nuestro país, salvo se tenga mucho dinero y se quiera usar ese dinero para promocionarse desde un punto de vista político, frecuentemente se percibe que el éxito privado es una minusvalía en términos de cómo va a ser aceptada esa persona en la vida política.

Académico Jorge Reinaldo Vanossi

La disertación del académico Dalla Vía sería la base para todo un seminario que tendríamos que hacer en torno a los problemas que él ha planteado. Podríamos dedicarnos semanas, meses a analizar punto por punto, y realmente ha hecho una nominación de temas muy abarcativa y muy profunda.

Respecto al “ser nacional”, creo que hay muchos países que se lo plantean, pero bajo otra denominación, como el problema de la identidad nacional, por ejemplo en Italia. Hay muchos países que han tenido procesos tardíos de unificación, o grandes conflictos internos entre nacionalidades que los dividen. El problema de la identidad sigue estando allí, pero no llega a provocar la erosión que provoca entre nosotros el tema de discutir el ser nacional, donde pareciera que no es posible tener un debate racional porque enseguida vienen los “pensamientos únicos” que se quieren imponer y excluir a los otros. No soy tan benévolo en el justiprecio de la sociedad, si por la sociedad entendemos el pueblo, pero si distinguimos entre sociedad y pueblo podría ser que nos pongamos más fácilmente de acuerdo, porque creo que los partidos políticos son un epifenómeno o reflejo de la sociedad, o del pueblo, y que los partidos políticos han hecho implosión, y en esa implosión hay que

buscar dónde está la razón. La implosión es tan evidente que en realidad ya casi no se habla de partido, se habla de “espacios”; está fulano en tal espacio o está en tal otro. Y la confusión es tan grande que un día de estos la magnitud del espacio los va a superar con la magnitud del “tiempo”, porque los tiempos corren mientras los espacios se siguen discutiendo. La propia lectura de los acuerdos de último momento, entre ayer y hoy, antes de ayer y quizás hasta primera hora de mañana, revela el desdibujamiento total del esquema partidocrático: está aniquilado, pulverizado, de modo que es muy difícil de que la solución para los gravísimos problemas que afronta el país en este momento, pueda provenir de las formulaciones de los partidos o espacios políticos. La sociedad va a tener que generar otra cosa, es decir u otros partidos, u otros espacios, con otras denominaciones, pero hay que generar algo que no sea más de lo mismo, porque con más de lo mismo, lo que vamos a tener, estoy seguro, es peor de lo mismo. De “más de lo mismo” no surge algo mejor, sino surge algo peor. Por lo pronto la sociedad argentina tiene algunos defectos que le dificulta mucho superarlos, por ejemplo la facción por encima de la Nación. En cualquier conflicto predomina la facción por encima de la Nación. Eso es obvio y ha creado antinomias que podrían ser solubles, pero parecen insolubles y se reproducen como en el coro de Aida de Verdi dando la vuelta al telón y aparece de nuevo la misma figuración anterior. Por otra parte, tendría que llamar la atención que un país de grandes éxitos individuales va al mismo tiempo acompasado o acompañado de grandes fracasos colectivos. Tenemos el mejor médico, el mejor jugador de esto, el mejor científico de lo otro, el mejor orador, el mejor poeta, tenemos hasta el Sumo Pontífice, tenemos todo, pero como proyecto colectivo vamos de fracaso en fracaso, y cada vez el deterioro es más grande y el país se achica: hay que reconocerlo, hay un achicamiento de la Nación Argentina. El país es mucho más pequeño cualitativa y cuantitativamente, en todos los rubros que se miran, si lo observamos con objetividad. La docena y pico de ONG mundiales que no son una corporación confa-

bulada conspirando contra la Argentina, hacen anualmente la ubicación de los países en una serie de rangos, que todos ustedes ya saben cuáles son. Van desde la competitividad hasta la calidad educativa, por la posibilidad de innovación, por la educación, etc. Cada vez estamos más abajo, y todos los días lo vamos leyendo en los periódicos, y eso no crea una reacción constructiva tendiente a invertir, es decir modificar esa situación de descenso para revertir hacia el ascenso. No aceptamos la teoría del riesgo, es decir todo el mundo se anota, como decían los romanos, en el *comodum*, pero se escapa a la hora del *periculum*, es decir en la ventaja estoy pero si hay riesgo no me anoto, sólo si hay ganancia segura, si no especulo. Es decir, no hay una cultura del riesgo que fue la que llevó a la grandeza del país sobre la base de trabajo, ahorro, inversión, culturalización y superación, que nos transportó en pocas décadas a estar entre los 14 primeros países del mundo. Otra mentalidad que no se consigue cambiar es que no se puede repartir la torta *ad infinitum* sin crear más torta. Es decir, hay un convencimiento de que se puede hacer un distribucionismo infinito, ilimitado, sin preocuparse por “cuidar la gallina de los huevos de oro”, que es la producción, no sólo material, sino también intelectual, cultural, religiosa, de todos los órdenes. Y por supuesto, algo que se ve patético: la inseguridad personal, la inseguridad jurídica, la inseguridad social y la inseguridad exterior que tenemos. Ninguna sociedad ha podido crecer y crear una gran potencia, una gran nación, sin un sistema de premios y sanciones. Acá todo vale, da lo mismo ir a la escuela que no ir a la escuela; da lo mismo respetarse, que no. Y así, del ejemplo minúsculo podemos ir a lo macro donde no se respeta nada, empezando por los gobernantes y siguiendo por la sociedad que con su consentimiento o con su asentimiento tolera y convalida, dándole legitimidad a una prórroga indefinida de los vicios, y no de la búsqueda de las virtudes. También otro defecto que tiene nuestra sociedad es el buen caudal de réditos que da el martirologio, la victimización: ser víctima, ser mártir es una cosa, crea una piedad colectiva, crea una especie de condescendencia a todos,

desde la que se comete incluso una infracción porque “claro, fui víctima, soy mártir, entonces tengo derecho a una especie de revancha”, llamémosla así, y debe ser necesariamente física, o material, pero que puede ser de resentimiento y de un contenido espiritual muy negativo. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué es lo que ha llevado a esto? Es decir, que perdamos los partidos, que perdamos los valores. El repliegue de las clases dirigentes de no querer meterse en la actividad política. Los partidos son tan malos como son y están dejando de existir porque es mucho más cómodo, o fue a partir de ciertas décadas del siglo pasado, retirarse pues era mejor atender el bufete, el consultorio, la fábrica, la estancia, lo que fuera, y no “meterse en esa cosa sucia” que era la política, complicada, que lleva tiempo, que trajina, que esto, que lo otro. Entonces los partidos se despoblaron y la “chantocracia” reemplazó a la meritocracia, y eso gradualmente se ha visto (lo he visto en la Capital Federal donde desde muy jovencito he actuado, y obviamente, no voy a citar nombres). El declive, la declinación de la calidad de los candidatos, de los dirigentes, es una cosa abismal, es una cosa que crea un shock. Y esas clases dirigentes de antes, como un Joaquín V. Gonzalez, que mencionaba hoy en su magistral conferencia el académico Dalla Vía, al mismo tiempo que era político era literato, era poeta, era profesor, creaba una universidad, escribía, se ocupaba de mil cosas, y dejó veintitantos tomos de obras completas, y creó una mentalidad de cómo el hombre público puede no solamente dedicarse al lucro o la sapiencia, o a las cosas cómodas, sino también aceptando riesgos, como muchos que los han tenido y los han padecido. Y la falta de estadistas, de hombres de Estado. No recuerdo de las últimas décadas hombres de Estado, en el sentido estricto de la palabra, es decir, gente preparada y en condiciones para afrontar una situación, no con la búsqueda de una ventaja electoral de una continuidad y prolongación en el poder, sino para solucionar los problemas y tener la satisfacción puramente espiritual de haberlo hecho. Quiero contar una anécdota: tuve oportunidad de escuchar a estadistas y conocerlos, primero en los años en

la Corte porque la visita de los jefes de Estado que venían a la Argentina, incluía en el protocolo la visita a la Corte Suprema que era ritual, ceremonial. Y después en los 14 años de Congreso todos los presidentes y jefes de Estado venían, y monarcas también, a ser recibidos en la reunión de asamblea legislativa donde se los escuchaba. Ahora no viene nadie, y si viene lo ocultan, lo reciben en un despacho, porque nadie pasa por la Argentina. Estamos viendo las figuras que van a Chile, Uruguay, Brasil, a Perú, etc., pero no pasan por la Argentina porque obviamente algo nos está pasando a nosotros para que ellos no pasen por acá. La anécdota es la siguiente: mediados de la década del 60, presidente de Francia el General De Gaulle, visita la Argentina. Fue en el año 1965. Llega a la Corte Suprema: una figura imponente, todo el mundo presumía que era lo de siempre, es decir la entrada al Salón de Embajadores, la Corte que lo recibe, el saludo de “besa mano” de costumbre, dos palabras rituales, y se acabó. No, lo que ocurrió en esa oportunidad es que terminada esa faceta el General comenzó un serio intercambio, más que nada un interrogatorio al presidente de la Corte sobre diferencias entre el sistema de control de constitucionalidad de Estado Unidos, Francia y la Argentina, en qué nos parecíamos a Estados Unidos; y eso duró minutos y minutos. Lo que me llevó a comprobar que De Gaulle era realmente un estadista, es decir era no solamente un héroe de la dignidad de Francia (la que había sido con la rendición en 1940 seriamente lesionada) sino que ya en la década del 30 escribía artículos de Derecho Constitucional, además de libros militares en donde predicaba las necesidades de mecanizar el ejército y los tanques, cosa que los franceses no hicieron. Y los alemanes leyeron los libros de De Gaulle, y lo hicieron. También escribió sobre la necesidad de cambiar el sistema de la Tercera República, que no permitía realmente ejercer el gobierno en las condiciones adecuadas como para salvar la identidad de Francia en el mundo. Y cuando salen las Memorias de él, hay un tomo entero dedicado a las instituciones, y donde queda en evidencia que él participa en el año 58 (en ese aciago año de la rebelión en Argelia)

y junto con Michel Debré redactan la Constitución. Había una comisión pero los que intervinieron fueron el Gral. De Gaulle y Michel Debré. Pero, ¿quién era Michel Debré? Era un hombre culto, con varios títulos como lo había sido Mendès France e infinidad de jefes de gobierno. Como lo habían sido otros presidentes de Francia. Además era un académico. Sobre esa base pasó a regir una Constitución, que aún sigue en Francia, y que la han aplicado todos los gobiernos de cualquier signo político, con muy pocas modificaciones hasta ahora, salvo la de disminuir el período presidencial para que sea más corto y menos desgastante. Nosotros no tenemos, no hemos tenido un De Gaulle. Tuvimos en su momento grandes presidentes que tenían la condición de ser políticos y estadistas, Ahora sobran improvisados y faltan estadistas, que fue el título de una charla que di este verano en Mar del Plata.

Académica María Angélica Gelli

Coincido con lo que expresó el académico Vanossi a propósito de que la sociedad es lo que es y los políticos no son diferentes de la sociedad en la que actúan. Usted hizo una diferenciación entre asentir y aceptar y ese es el punto central. Me parece que ya no estamos en crisis aunque tengamos aún vigente la ley de emergencia pública, sino en decadencia. Esta situación, según lo entiendo, la debemos asumir todos; de lo contrario será muy difícil revertir la decadencia. Hace unos días leí en La Ley una sentencia de la Cámara Civil en la que se condenaba a dos abogados que habían iniciado una demanda por indemnización, alegando violación de los derechos del consumidor y fraguado la prueba. Algo más de seiscientos ochenta personas fueron representadas por esos letrados. Algunos de ellos, luego se acreditó, desconocían que se iniciaría esa acción. La Cámara, al describir lo que había ocurrido, mostró una imagen penosa: dos universitarios, dos abogados se

atrevieron a presentar un informe con el membrete de la Universidad de Miami avalando la tesis que sostenían acerca de que unos alimentos consumidos por los actores estaban contaminados. Ese documento resultó falso, como otras pruebas que presentaron. El Tribunal transcribió frases textuales de los escritos de los letrados para señalar los errores que contenían y falta de honestidad mínima que denotaban. Algunos de los representados, incluso, los desmintieron en la audiencia testimonial.

Al leer esa sentencia no pude menos que pensar acerca de nuestras universidades –desconozco de cual de ellas habían egresado esos profesionales– y en la formación ética y ejemplar que se brinda en esas instituciones. Por cierto, ese episodio es un caso, pero el hecho de que llegaran a ese extremo, reuniendo a tantas personas que dijeron haber enfermado, urdiendo un engaño ante los tribunales que fue desbaratado, pone en evidencia el deterioro social.

Si no nos tomamos en serio el grado de decadencia en el que estamos inmersos, del modo en que consentimos, avalamos, dejamos pasar situaciones similares, de cuán poco nos comprometemos, me parece que no tenemos salida. Esa postal que presentó el académico Dalla Vía al inicio de su exposición muestra que somos más individualistas que liberales. Liberal, según lo entiendo, es una persona responsable de sus propios actos, que rinde cuenta de lo que hace. Si es funcionario público, además de hacerse cargo, debe de dar respuestas eficaces a los compromisos asumidos.

Sin duda existen personas con altos valores en la sociedad, en todos los sectores, como han referidos los señores académicos. Sin embargo y a propósito de la mención de Eduardo Mallea que hizo el académico Dalla Vía, vale la pena recordar un párrafo estremecedor de ese escritor excepcional. En “Una historia de una pasión argentina” (1937) cuenta la impresión que le causaban sus profesores, siendo él estudiante de Derecho, estudios que abandonó en 1927: “Y cada mañana, en la Facultad, en vez de encontrar

a un maestro, a un hombre cuya función es enseñar, encontraba a un señor o varios abogados, cuya obligación presupuestaria era «enseñar». Hombres vacuos, petulantes y grises, sin sentido auténtico de la vida, alguno de los cuales, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, hacían mofa ridícula de su propia asignatura, prefiriendo a otra cosa menos miserable y más decente exhibir ante los estudiantes el airecillo de un trivial ingenio burgués. Y de esos hombres yo me acuerdo, no me olvido. He visto a algunos de ellos tener después mando en el país, levantar sobre tantas cabezas de buena voluntad su perspicacia cínica de medradores, de demagogos y políticos. Y he sentido entonces, con terror, con miedo de verificarlo, que el país que los llamaba podía parecerse a ellos”.

Esa página siempre me ha interpelado. Lo que son nuestros educadores y nuestros gobernantes nos reflejan de alguna manera y desde hace mucho tiempo.